

DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL **CEISO**

ISSN 2525 0922

2018
Nº3

Marcela TORREZ - Natalia BOFFA
Paula FERNANDEZ HELLMUND - Fernando ROMERO WIMER



Colectivo
de Estudios e
Investigaciones
Sociales

DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL CEISO NÚMERO 3

BAHÍA BLANCA [ARGENTINA] 2018

PUBLICACIÓN ANUAL

ISSN 2525 0922

Los Documentos de trabajo del Colectivo de Estudios e Investigaciones Sociales (CEISO) son una publicación anual que tiene como objetivo difundir investigaciones desarrolladas en las áreas de las ciencias sociales y las humanidades. El contenido de los Documentos está dirigido a investigadores, especialistas y estudiantes de grado y posgrado. Por último, los Documentos cuentan con evaluación interna y externa.

DIRECTOR

Fernando Romero Wimer

COMITÉ EDITORIAL

Pablo Becher

Natalia Boffa

Pablo Bonavena

Paula Fernández Hellmund

Martín Mangiatini

Lucio Martín

Agustín Nieto

Brenda Rugar

Marcela Torrez

Mariella Vallatti

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Ana C. Romero Kreder

Contacto: ana_romerok@hotmail.com

EDICIONES DEL CEISO

Bañuelos 2469

Código Postal 8000- Bahía Blanca

Buenos Aires- República Argentina

Web: www.ceiso.com.ar

DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL CEISO N° 3 – 2018
INDICE

**LA REFLEXIÓN EPISTEMOLÓGICA DE LA
GEOGRAFÍA EN UN TRABAJO DE INVESTIGACIÓN
SOBRE MIGRACIONES Y TERRITORIOS.**

Marcela Torrez 4

**ETNICIDAD/ETNIZACIÓN: ALGUNOS
FUNDAMENTOS TEÓRICOS PARA INTERPRETAR
LAS LUCHAS SOCIO-TERRITORIALES WICHÍ**

Natalia Boffa 22

**EL PENSAMIENTO ANTIIMPERIALISTA EN AUGUSTO
C. SANDINO Y CARLOS FONSECA AMADOR**

Paula Fernández Hellmund y Fernando Romero Wimer33

Etnicidad/etnización: algunos fundamentos teóricos para interpretar las luchas socio-territoriales wichí

Natalia Boffa¹

Yo tenía un hijo que estaba enfermo, ahí en hospital han dicho los médicos que ‘no hay cama, no hay cama’, y viene otro hermano que dice ‘no, acá no hay cama’. Pero dice otro ‘qué no va a ver, no da cama a esos matacos, esos indios wichí’. ¿Pero por qué será así? Yo digo que de mi parte yo soy bien negro, que la cara no, no sirve, pero todos somos igual ¿No cierto? Pero lo que nosotros seguimos sangre, no cierto, es lo mismo. Pero a estos [blancos] no podés decir nada porque no hay como hablarles.

Toribio Campos, wichí, Sachapera II, Tartagal, Salta, Argentina, 2015.

INTRODUCCIÓN

Las luchas socio-territoriales en el chaco-salteño² se desplegaron a partir de las conflictualidades³ que produjo la aceleración del neoliberalismo en las últimas décadas. La expansión de la territorialización/des-re-territorialización⁴ capitalista en los procesos de pampeanización del Gran Chaco, generó que las

1 Doctoranda en Historia (UNS-CONICET), Investigadora-miembro del Colectivo de Estudios e Investigaciones Sociales (CEISO), docente y extensionista. Correo electrónico: nataliaboffa@hotmail.com

2 Región este de la provincia de Salta, Argentina. Corresponde en parte al Gran Chaco, que es, por su tamaño y por su diversidad bio-cultural, la segunda zona boscosa de Sudamérica luego del Amazonas.

3 Diego Domínguez (2010) denomina “de conflictualidad medioambiental o territorial” y que se desenvuelven en un período histórico signado por proyectos globalizadores-neoliberales. La diferencia que establece el autor entre conflictividad y conflictualidad, radica en que la conflictividad aparece en general como realidad dada de lo social, generalmente pone su eje en el confrontamiento directo y deposita la responsabilidad del conflicto en la reacción violenta o no de las partes enfrentadas; mientras que la conflictualidad pone el énfasis en los procesos que explican de modo contingente la elaboración de conflictos y a hacer hincapié en los devenires que engloban los momentos de enfrentamiento, en el marco de un antagonismo construido en el cuestionamiento de un tipo de relación que por consenso o coacción se erige como *status quo*, como pacto de poder.

4 Nievas (2016) explica que, de acuerdo con la lógica espacial del capital, el proceso de valoración incluye el desplazamiento en el espacio (ubicado dentro del proceso de producción, no sólo en la circulación) y la continuidad espacio-tiempo (convierte al espacio en mercado y anula el tiempo para favorecer la productividad). A partir de esto se desarrolla una dialéctica del espacio, que se despliega en tres momentos específicos superpuestos: territorialización, desterritorialización y reterritorialización. Estos momentos no son en sí absolutos, sino que el proceso de territorialización necesita de los otros dos, en un movimiento de transformación permanente. Además, podemos agregar siguiendo a Haesbaert (2011), que se conforman así procesos de multiterritorialidad, en donde se combinan dis-

territorializaciones más diversas se vieran afectadas y desde sus especificidades se produjeron procesos organizativos para reivindicar el territorio.

En el chaco salteño, estos procesos abarcaron una amplia serie de acciones y prácticas organizativas de reivindicación del territorio (Boffa, 2014). Podemos mencionar algunas como la formación de organizaciones (Consejo de Organizaciones Wichí, Federación Wichí del Bermejo, Zlaqatahyi, Lhaka Honhat, Consejo de Caciques, Hermandad chaqueña de descendientes indígenas, Sichet, entre otras) y también acciones y prácticas colectivas como tomas de puente, cortes de rutas, cortes de alambrados, procesos judiciales, entre otras⁵.

En general, estas organizaciones y otras prácticas colectivas adquieren especificidades de acuerdo a la situación de conflictualidad. Una de las especificidades que encontramos en los procesos de estudio es la presencia de lo “wichí”, lo étnico, como componente de las luchas. A partir de esto, nos interesa analizar cómo operan las marcaciones étnicas en la historicidad de los procesos de lucha territorial y qué relación tiene esto con las relaciones de poder que se juegan en las conflictualidades.

En general, pensamos las relaciones de poder desde el patrón de poder propio de Latinoamérica, que responde al patrón de dominación global propio del sistema-mundo moderno/capitalista originado con el colonialismo europeo a principios del siglo XVI. Según Quijano (2001), la disputa continua por el control de los distintos ámbitos de la existencia social –como trabajo, sexo, subjetividad/intersubjetividad, autoridad colectiva y naturaleza-, acarrea la (re)producción de las relaciones de poder.

En este sentido, el poder se caracteriza por un tipo de relación social constituida por la co-presencia y la interactividad permanente de tres elementos específicos: dominación, explotación y conflicto. Según Quijano (2001), esta tríada opera sobre los ámbitos de la existencia social a modo de un complejo estructurado, como totalidad histórica, y no pueden escindirse sus partes. Como totalidad histórica se entiende una estructura abierta y heterogénea, no homogénea ni cerrada, que abarca la articulación de historias específicas, heterogéneas y discontinuas, en una estructura global de poder social que se constituye con la modernidad/colonialidad.

En este sentido, este patrón global tiene lugar por la asociación de dos ejes centrales: primero, el sistema de dominación, asentada en un entramado de relaciones intersubjetivas, basadas en la clasificación social jerárquica sobre la idea de “raza”; segundo, el sistema de explotación, asentado en la hegemonía del capitalismo mundial (Quijano, 2000; Quintero, 2015). Entonces, por un

tintas formas de territorialización/des-re-territorialización (como territorios-zona; territorios-red; aglomerados de exclusión).

⁵ También existen prácticas cotidianas de resistencia, que no podemos abarcar en este estudio, entre las que podemos mencionar, por ejemplo, familias que se niegan a realizar el DNI (Documento Nacional de Identidad); referentes que se niegan a recibir a los agentes de las organizaciones no gubernamentales y sus proyectos hortícola-ganaderos; mujeres y hombres que cotidianamente saltan o cortan los alambrados que delimitan las propiedades privadas para poder cazar animales, pescar o recolectar chaguar y otras plantas de uso artesanal, medicinal y nutricional. Estos son sólo algunos ejemplos de lo que podríamos pensar como resistencias cotidianas al control estatal, a la apropiación de saberes e identidad y a la expropiación del territorio.

lado, se creó un sistema de dominación basado en lo que Mignolo (2003) denominó la “diferencia colonial”, que consiste en clasificar grupos humanos según sus “faltas o excesos” de acuerdo a patrones eurocentrados, estableciendo “marcas” de inferioridad. Por otro lado, se gestó el sistema de explotación o sistema de control del trabajo, que consistía en la articulación de todas las formas conocidas de explotación en una única estructura de producción de mercancías para el mercado mundial. Esta articulación estructural o desintegración de antiguos patrones redefiniendo lo que le fuera útil, es lo que llamamos *capitalismo*, como planteaba Marx en los *Gründrisse*. La asociación histórica entre explotación del trabajo y modalidades de clasificación social han operado “necesariamente de manera heterogénea y discontinua, pero produciendo eficazmente patrones específicos de dominación cultural y explotación económica sobre las poblaciones subalternizadas” (Quintero, 2015:96).

Desde esta perspectiva, presentamos algunas reflexiones sobre los procesos de etnicidad y etnización, no como par dicotómico esencial, ni tampoco pretendemos caracterizar las luchas socio-territoriales como “luchas étnicas”; sino como componente de estas, como parte del complejo entramado de relaciones de poder que se articulan y re-articulan de manera permanente en las luchas socio-territoriales. Estas reflexiones surgieron como parte de las perspectivas teóricas de un proyecto más amplio de investigación, basado en trabajos etnográficos en la región.

ETNICIDAD: LA AUTOADSCRIPCIÓN ÉTNICA WICHÍ

Cuando hablamos de luchas socio-territoriales wichí, nos referimos a aquellos procesos asumidos por personas que se autoidentifican como wichí, que llaman a sus agrupaciones por esta nominación étnica, que –en general– hablan la lengua wichí y comparten ciertas formas de vida. Si bien alude a un grupo cultural, esto no quiere decir que todo grupo wichí forme parte de estos procesos, ni que estén de acuerdo, ni que los conozcan siquiera; tampoco significa que esté vedado el ingreso a personas de otros grupos culturales. Las etnias pueden contener una o varias culturas, dentro de estos grupos puede haber individuos que no participen de las prácticas sociales interétnicas, que incluso se opongan a estas prácticas, que abandonen el grupo cuando lo consideren necesario. En este sentido, “una etnia lucha, dialoga, negocia, no sólo con la otra etnia sino con los que no están activos dentro de su propia sociedad y/o cultura/s, ya para sumarlos, ya para descartarlos, ya para cuidarse de ellos” (Bechis, 2010:291).

Al mismo tiempo, en los procesos de etnicidad, la diferenciación con otros grupos étnicos es lo primordial; incluye procesos de etnogénesis, como el marcado de relaciones, de identidades en oposición, que tienen su génesis en fuerzas históricas, a la vez, estructurales y culturales. La diferenciación “étnica” es central, aunque no absolutamente determinante; la etnia se define en términos relacionales y no como identidades preasignadas a un grupo. En este sentido, la etnicidad describe una forma de conciencia que varía en su significado y prác-

tica social de acuerdo con las posiciones dentro del orden social; se origina en la incorporación de grupos estructuralmente disímiles en una misma economía política; y, en ese contexto, tiende a tomar la apariencia “natural” de una fuerza autónoma, que puede perpetuarse debido a factores muy diferentes de los que causaron su emergencia. Desde esta perspectiva, la etnicidad no puede ser definida como algo monolítico, ni como un constructo analítico, sino que es

un repertorio laxo y lábil de signos mediante los cuales se construyen y comunican las relaciones; un repertorio a través del cual se torna sensible una conciencia colectiva de la similitud cultural; algo que sirve como referencia para que los sentimientos compartidos adquieran sustancia. Su contenido visible *siempre* es el producto de condiciones históricas que, en medida diversa, inciden sobre la percepción humana y, al hacerlo, dan forma a las motivaciones, los significados y la materialidad de las prácticas sociales” (Comaroff y Comaroff, 2011:65 – resaltado en original).

Dicho de otro modo, la etnia es relación social; la etnicidad es el repertorio de signos que le da sentido a esa relación y su contenido visible es producto de condiciones históricas que inciden en las prácticas sociales, materiales y simbólicas. Históricamente, en América, posterior a la conquista, los procesos de etnicidad están atravesados por fuerzas históricas signadas por la colonialidad, dentro de un sistema social clasificatorio en donde la visión del mundo del grupo dominante tiene carácter de universal y atemporal (Boccara, 2002; ver también Quijano, 2000). Desde esta perspectiva, Boccara propone que “la etnia no sale de sí misma”, sino que utilizar un etnónimo es un indicador de la presencia de luchas clasificatorias, dimensión fundamental de las luchas sociales, de clase y étnicas. En este sentido, “ellas remiten al hecho de saber qué es lo que significa ‘ser indio’ en un momento determinado de la historia” (2002:51).

La diferenciación entre la denominación “mataco” y el etnónimo “wichí” es fundamental para comprender los procesos de etnicidad. La primera hace referencia a una marca racista impuesta desde el exterior: “a nosotros, todos los aborígenes que vivimos juntos, la gente blanca nos dice ‘los maticos’” (en Silva, 1998). Marca que en algún momento de la historia pudo ser usada por los propios wichí como código de uso común con los no-maticos; pero que, sin embargo, generalmente es resistida. Además, hacia el interior de los grupos que se autodenominan wichí, se reconocen distintos grupos o subgrupos, como es el caso de los “Iogys” o los “Lantaús”, los vejós y weenhayek (Marcelino Pérez; Antonio Cavanis, Tartagal, Salta, 2015; ver también Fabre, 2005 [2013], entre otros).

Entonces, analizamos lo “wichí” como procesos de etnicidad a través de los que se establecen relaciones intra e intergrupales. Esto puede aportar indicios sobre uno de los componentes de las luchas y su historicidad en los procesos organizativos. En este sentido, intentamos analizar estas relaciones, en especial, las referidas al orden dominante y a las formas de explotación-expropiación materiales y simbólicas, vivenciadas en las últimas décadas.

En este sentido, entendemos que lo “wichí” es el marcador predominante entre los grupos incluidos en nuestro estudio sobre luchas socio-territoriales; sin embargo, este marcador no es exclusivamente su componente étnico. Por ejemplo, Gordillo (2009) observa que, en los procesos políticos locales en el oeste de Formosa (espacio contiguo y compartido por los grupos de estudio), “lo aborígen” es el marcador predominante por sobre otros marcadores como “toba”, “pilagá” o “wichí”. Lo “aborígen” indica una marca de etnicidad asociada a un componente de clase, la pobreza material (incorporado desde el trabajo en los ingenios y las situaciones de explotación históricas).

Esta identificación étnica y de clase señala la diferencia con otras personas o entidades y los separa de aquellas personas “enriquecidas” a través de prácticas clientelares-partidarias y que, por esto mismo, son vistas como “alejadas de su aboriginalidad”, aunque compartan un mismo grupo cultural (Gordillo, 2009:257). Entonces, lo “aborígen” comparte, a la vez, un componente étnico y de clase; esto incide en las decisiones sobre los marcadores predominantes en cada contexto o práctica social. En nuestro estudio, la predominancia de lo “wichí” puede estar acompañada con otros marcadores de segundo plano como “aborígen” o “indio”. La variación entre la predominancia de uno y otro deja traslucir procesos históricos específicos, pero sostienen tanto el componente étnico como de clase⁶.

A diferencia de lo que ocurre en Formosa, en donde en 1986 se entregaron tierras (y con esto se desarticulaban los movimientos indígenas que se alinearon a la opción peronista en sus distintas facciones), en el Pilcomayo salteño las tierras fiscales de los lotes 14 y 55 no fueron entregadas y la asociación Lhaka Honhat (mayormente wichí) se enfrentó al gobierno provincial con mayor autonomía política-partidaria que sus pares en Formosa, aunque esto no la eximió de relaciones clientelares o influencias de otros actores como organizaciones no gubernamentales (Gordillo, 2009). Lo que remarca el autor es que estas son decisiones colectivas o individuales, que pueden estar condiciona-

6 Izaguirre (2002) define a las clases como conjunto de humanos que están articulados en posiciones distintas en las relaciones de propiedad y que luchan entre sí y al interior de sí en función de intereses de distinto tipo. Las clases no existen por sí mismas, sino que se definen por las relaciones que se establecen entre ellas, lo que significa además que es la lucha de clases la que determina la existencia de las clases y no a la inversa (Duek e Inda, 2009). Esto se fundamenta en la idea de que “las clases sociales no existen *primero*, como tales, para entrar después en la lucha de clases, lo que haría suponer que habría clases *sin* lucha de clases; las clases sociales cubren *prácticas de clase*, es decir la lucha de clases, y no se dan sino en su *oposición*” (Poulantzas, 2005 [1974]:13).

Otras interpretaciones argumentan que en el modo de producción capitalista hay dos clases sociales antagonicas enfrentadas por la propiedad de los medios de producción, implicando esta una apropiación de una parte del producto y agregan que una oposición como esta no implica la desaparición de otras formas sociales como subclases, antiguas clases, etc (Vilar, 1999:129). Eric Wolf (1999 [1969]:7) define “clases” como verdaderos conglomerados de personas cuyo desarrollo o decadencia se afirma en determinadas circunstancias históricas y que actúan conjuntamente o unas contra otras, en busca de determinados intereses. Nos interesa resaltar que no se las define solamente como conjuntos clasificatorios agrupados por un conjunto de variables determinadas y preponderantemente económicas, sino por la confrontación como proceso constitutivo de las relaciones de poder, toma de conciencia de sí mismas y de sus antagonistas. En este sentido, Nievas plantea que “si la clase es el conjunto de relaciones sociales, el elemento analítico mínimo es la relación social” (2016:226).

das por ciertas situaciones de desigualdad, pero que no debemos ver de modo paternalista; no son decisiones únicamente étnicas ni tampoco clientelistas.

Así como en el Pilcomayo se desarrolló una relativa autonomía política (no homogénea) y se desplegaron disputas por clientelismo-autonomismo con organizaciones no gubernamentales e iglesias, del mismo modo, esto atravesó la realidad de las organizaciones del Itiyuro y del Bermejo, cada caso con especificidades propias. De forma recurrente, una parte de los grupos organizados se separaron y desconocieron a lo otra parte, con acusaciones sobre su situación clientelar: “se vendieron”, “nosotros lo pensamos para todos, pero hay otros que no son así, ...que piensa en su familia, nada más”, “hay muchos que se venden fácil por ver solamente unos pesitos le tapan la boca” (como relataron José Molina, Pedro Díaz, de Carboncito, ruta 53, Salta, 2012; Antonio Cavanis, La Mora II, ruta 86, Salta, 2015; entre otros). Esto indica una fuerte presencia del componente de clase junto a lo étnico, en donde los que deciden formar parte de relaciones clientelares tienen un control individual de ciertos recursos (salario, regalos), por lo que ya no comparten “la pobreza”, que incluye la historia de explotación del grupo. Entonces, los procesos organizativos dan cuenta de organizaciones autoadscriptas “wichí”, pero en los que se iguala tanto el componente étnico como de clase en el uso de este marcador.

No obstante, estos procesos de etnicidad exceden las contingencias de la realidad regional y se vinculan a procesos de etnización históricos, que nos ayudan a comprender los procesos más profundos de producción de componentes étnicos y de clase.

ETNIZACIÓN: RAZA, ETNIA Y CLASE

Desde la perspectiva del patrón de poder global, estas categorías, al igual que la categoría “raza”, forman parte de sistemas de clasificación social en el que se traducen las relaciones de poder y están interrelacionados entre sí. Por este motivo, Stuart Hall (2005 [1986]) propone que resulta reduccionista posicionarse en uno de los extremos entre las nociones de clase o etnia:

O bien uno “privilegia” la relación de clase subyacente, haciendo énfasis en que todas las fuerzas laborales étnica y racialmente diferenciadas están sujetas a las mismas relaciones de explotación dentro del capital; [u otro] enfatiza el carácter central de las categorías y divisiones étnicas y raciales a expensas de la estructura fundamental de clases de la sociedad (Hall, 2005 [1986]:251).

Hall explica que, en términos relacionales, las estructuraciones étnicas, de clase y raciales se entienden como una contribución que aporta los medios para desarrollar formas diferenciadas de explotación, más que como un obstáculo para las tendencias “globales” del desarrollo capitalista. De esta manera es que se pueden combinar distintos modos de producción dentro de

la misma formación social⁷, lo que no sólo conduce a especificidades regionales, sino que también permite modalidades diferenciadas de incorporación de distintas configuraciones étnicas a las estructuras sociales del capital⁸. Esta incorporación no se produce como una “unidad sencilla”, sino que es un proceso fundado en “alianzas estratégicas” basadas en

la presunción fundamental de que no hay una identidad o correspondencia automática entre las prácticas económicas, políticas e ideológicas. Esto explica cómo se puede construir la diferencia étnica y racial bajo la forma de un conjunto de antagonismos económicos, políticos e ideológicos dentro de una clase que se encuentra sujeta a más o menos las mismas formas de explotación con respecto a la propiedad y la expropiación de los “medios de producción” (Hall, 2005 [1986]:254).

Dicho de otro modo, no hay correspondencia unívoca entre etnia, raza y clase, sino que, como planteaba Amselle en 1987, “un conglomerado de individuos puede integrarse sucesivamente a un grupo vertical (etnia, nación) y a uno, horizontalmente (clase)” (Boccara, 2002:50). De esta manera, la diferenciación étnica, como etnización, puede contribuir al desarrollo de formas diferenciadas de explotación.

Ahora bien, hay que distinguir la diferenciación étnica, como etnización, de los procesos de etnicidad que venimos mencionando. La etnización y racialización son prácticas “otrificadoras”, marcas asignadas por sectores dominantes, desde el exterior, en donde el “nosotros” tiene una matriz moderno-occidental (Segato, 2007). Al respecto, Arias y Restrepo (2010) desarrollaron un estudio sobre la construcción de los conceptos de “etnia” o “raza” a través del análisis de su surgimiento y fundamento histórico. Estos autores lo vincularon con

la diferenciación y jerarquización de la fuerza de trabajo y a la inferiorización de poblaciones propia de la emergencia y consolidación del sistema mundo capitalista (Quijano, 2000; Wallerstein, 1988). Desde esta perspectiva, el surgimiento

7 La formación social global es el capitalismo, mientras que los modos de producción pueden variar. Los análisis de este tipo ponen en diálogo lo global y lo local, aunque no se interpreta esto en términos de general/particular, como procesos idénticos en distinta escala, tampoco se entiende a lo local determinado por lo global. Intentamos alejarnos de la perspectiva capitalocéntrica o globocéntrica, que expresa la “inevitabilidad de la penetración capitalista que se asume en gran parte de la literatura de la globalización” (Escobar, 2000:126). De esta manera, las confrontaciones como procesos constitutivos de las relaciones de poder se producen en el ámbito del capitalismo (que se configura en una lógica global), pero los fundamentos y desarrollos de esas confrontaciones varía en cada ámbito local de acuerdo con prácticas socialmente específicas, que visibilizan una variedad de procesos de clase, capitalistas y no-capitalistas.

8 En el contexto actual, Jean y John Comaroff plantean dos cuestiones estructurales al respecto. Por un lado, proponen que “los estados-nación del sur, lejos de tener una relación marginal con el capitalismo global, ocupan en él una posición central” (2013:82), dado que es en esos estados-nación donde las multinacionales provenientes del norte obtienen sus ganancias y sus materias primas, a la vez que fomentan la proliferación de la cultura del consumo neoliberal. Esto hace que la línea Norte-Sur no sea tan nítida. Por otro lado, en relación con lo anterior, los autores explican que esta articulación o “dependencia mutua” nos permite comprender que la modernidad capitalista tiene “pocos exteriores” –o ninguno– y lo que se denominaría como “sus exclusiones y sus afueras resultan indispensables para su funcionamiento interno” (2013:83). En este sentido, plantean que el concepto “sur” denota una *relación*, no una cosa en sí o para sí.

del pensamiento racial y la expansión del colonialismo europeo, desde al menos el siglo XVII, son dos procesos interrelacionados (...). La “etnización” de la fuerza de trabajo a nivel global como operación fundamental de la constitución del sistema mundo encuentra en el racismo una ideología global que justifica la desigualdad (Arias y Restrepo, 2010:51).

Quijano (2000), por su parte, plantea que mediante estos procesos se desarrollan formas de “colonialidad del poder” y plantea que se producen sobre dos ejes: por un lado, la cosificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de “raza”; por otro, la articulación de todas las formas históricas de control de trabajo, de sus recursos y de sus productos, en torno al capital y al mercado mundial.

El autor continúa explicando que “raza” e “identidad racial” son utilizados como instrumentos de clasificación social básica de la población y fue el modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. Esto significó, por primera vez en la historia conocida, un patrón global constituido en torno al capital, que se establecía como una nueva estructura de relaciones de producción denominado el capitalismo mundial, que era colonial/moderno y euro-centrado. De esta manera, la construcción de estas categorías contribuyó a organizar el sistema-mundo capitalista desde lo intersubjetivo:

La incorporación de tan diversas y heterogéneas historias culturales a un único mundo dominado por Europa, significó para ese mundo una configuración cultural, intelectual, en suma, intersubjetiva, equivalente a la articulación de todas las formas de control del trabajo en torno del capital, para establecer el capitalismo mundial. En efecto, todas las experiencias, historias, recursos y productos culturales terminaron también articulados en un sólo orden cultural global en torno de la hegemonía europea u occidental. En otros términos, como parte del nuevo patrón de poder mundial, Europa también concentró bajo su hegemonía el control de todas las formas de control de la subjetividad, de la cultura, y en especial del conocimiento, de la producción del conocimiento (Quijano, 2000:209).

A pesar de la implementación de este aparato de control concentrado bajo la hegemonía europea, destinado a perpetuar un modelo colonial, patriarcal y heterosexual, “América sigue siendo diversa, presenta particularidades y desafíos para pensar las cuestiones identitarias” (Hernández, 2010:65). Esto ocurre porque, como plantean Arias y Restrepo (2010), la definición “monológica” (o universal) de raza es una apariencia, es una herramienta de producción de diferencias y de sujetos diferentes, que se realiza como concepto mediante diálogos y relaciones políticas entre quienes califican y quienes son calificados –y entre los primeros también están los últimos–.

Como concepto político, una característica importante es que la “raza” adquiere vida “en traducción”, ocurre en relaciones cuyos significados coin-

ciden parcialmente, pero cuyos excesos (las no coincidencias) aun cuando “estorben”, continúan en circulación (Arias y Restrepo, 2010:61). En relación con las manifestaciones culturales que continúan en circulación, que “estorban”, Hall⁹ (2010), citando a Gramsci, explica que el orden hegemónico –más que establecer el contenido específico de las ideas– provee límites dentro de los cuales ideas y conflictos se mueven y son resueltos. De esta manera, la etnicidad/etnización son procesos constitutivos de las relaciones de poder, se articulan mutuamente, en una disputa siempre desigual.

BREVES CONSIDERACIONES FINALES

En principio, pensar los procesos organizativos wichí desde la etnicidad y la etnización nos ayuda a historizar los procesos de autoadscripción étnica de las organizaciones, acciones y prácticas que aparecen en el estudio. Intentamos evitar perspectivas esencializadoras y sistémicas, esto nos enfrenta a una serie de decisiones complejas. En este sentido, entender a estos procesos desde las relaciones de poder nos permitió problematizar el uso de los marcadores étnicos.

A partir de esto, pensamos que el etnónimo “wichí” resulta significativo para la denominación distintiva de las organizaciones en estudio, pero no representa solamente un marcador étnico, sino también de clase y, de forma más general, de raza. Estos marcadores, en conjunto, remiten a una profunda historia de explotación, dominación y conflicto, en donde lo “wichí” representa al expropiado o desposeído, explotado, discriminado. Las relaciones que se establezcan a nivel organizativo no se reducen a lo étnico, ni pueden verse como la victimización de la cooptación clientelar (al menos no exclusivamente), sino que se vincula con la articulación/re-articulación de lo “wichí” en las relaciones de poder, para luchar por ciertas autonomías de algún aspecto de sus formas de vida.

BIBLIOGRAFÍA

9 Hall (2010:113-114) se refiere a la hegemonía como el momento en que la clase dirigente está lista para coaccionar una clase subordinada conforme con sus propios intereses y también para ejercer la autoridad social total sobre las clases subordinadas. El autor sostiene que la hegemonía se desarrolla en el terreno de la superestructura y que trata de enmarcar todas las definiciones competentes del mundo dentro de su rango. Por su parte, Gordillo (2006: 195), para desarrollar la idea de hegemonía, hace referencia a la explicación de Jean y John Comaroff, que “sostienen que la hegemonía es ‘aquel orden de signos y prácticas materiales, delineados a partir de un campo cultural específico, que son dados por sentado como la forma natural, universal y verdadera del ser social’ (1992:28-29)”. Como proceso siempre abierto y en disputa, Gordillo rescata el trabajo de Raymond Williams acerca de que “la hegemonía ‘tiene que ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada. Es también continuamente resistida, limitada, alterada, desafiada por presiones que de ninguna manera le son propias’ (1977:112)”. En este sentido, Gordillo destaca que estos desarrollos teóricos han implicado un retorno a Gramsci, quien planteó que el concepto de hegemonía es inseparable de formas de confrontación que involucran tanto a sectores dominantes como subalternos (2006: 196).

ARIAS, Julio y RESTREPO, Eduardo (2010) “Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas” en *Revista Crítica y Emancipación*, Año II, N° 3, pp. 45-64 en <http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/historizando%20raza.pdf>

BECHIS, Martha (2010). *Piezas de etnohistoria y de antropología histórica*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

BOCCARA, Guillaume (2002) *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglo XVI-XX)*, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.

COMAROFF, Jean y COMAROFF, John (2011) *Etnicidad SA*, Madrid: Katz Ediciones.

COMAROFF, Jean y COMAROFF, John (2013) *Teoría desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

DUEK, María Celia e INDA, Graciela (2009) “¿Desembarazarse de Marx? Avatares del concepto de clases sociales”, en *Revista Conflicto Social*, Volumen 2, N° 1, en <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/issue/view/59/showToc>

ESCOBAR, Arturo (2000) “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?” en LANDER, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO, pp. 113-143.

FABRE, Alain (2005 [2013]) “Los pueblos del Gran Chaco y sus lenguas. Segunda parte: los mataguayo”, en *Suplemento Antropológico*, 40/2, pp. 313-435, Asunción, Paraguay.

GORDILLO, Gastón (2006) *En el Gran Chaco: antropologías e historias*, Buenos Aires: Promoteo.

GORDILLO, Gastón (2009) “La clientelización de la etnicidad: hegemonía partidaria y subjetividades políticas indígenas”, en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 39, núm. 2, pp. 247-262.

HALL, Stuart (2005 [1986]) “La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad”, en *Revista Colombiana de Antropología*, Bogotá, Colombia: ICANH, pp. 219-257.

HALL, Stuart y JEFFERSON, Tony (2010) *Resistencia a través de rituales*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

HERNÁNDEZ, Graciela (2010) “Diversidad, desigualdad y políticas culturales” en *Temas de Mujeres. Revista del CEHIM*, N° 6, Año 6, Tucumán: Universidad de Tucumán, pp. 64-83.

IZAGUIRRE, Inés (2002) “Algunos ejes teórico-metodológicos en el estudio del conflicto social”, *Argumentos. Revista de crítica social*, N° 1, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

MIGNOLO, Walter (2003) *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid: Akal.

NIEVAS, Flabián (2016) *Lucha de clases. Una perspectiva teórica-epistemológica*, Buenos Aires: Imago Mundi.

POULANTZAS, Nicos (2005) *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México: Siglo XXI Editores.

QUIJANO, Aníbal (2000) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en LANDER, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentris-*

- mo y ciencias sociales. *Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO, pp. 201-246.
- RESTREPO, Eduardo (2004) *Teorías contemporáneas de la etnicidad*. Stuart Hall y Michel Foucault, Colombia: Universidad del Cauca.
- RESTREPO, Eduardo (2007) *Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio*, Jangwa Pana, N° 5, pp. 24-35.
- SEGATO, Rita (2007) *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de política de la identidad*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- VITAR, Pierre (1999) *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona: Editorial Crítica.
- WOLF, Eric (1999) *Las luchas campesinas del siglo XX*, México: Siglo XXI Editores.
- ZIBECHI, Raúl (2003) “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos” en *OSAL: Observatorio Social de América Latina*, No. 9, Buenos Aires: CLACSO.